

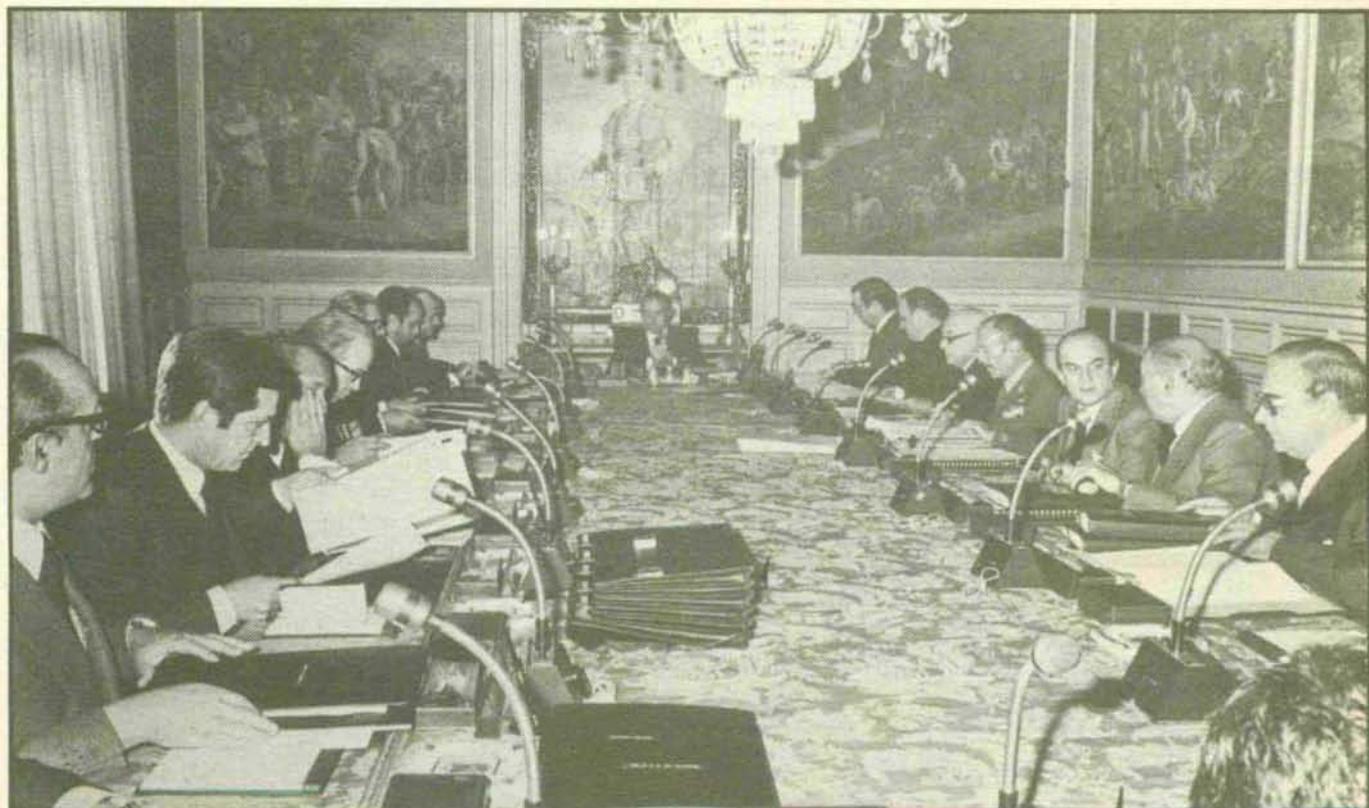
**Un seductor
llamado Adolfo**

Luis Carandell



Adolfo Suárez, en su época de Director General de Radiodifusión y Televisión, cargo que ocupó de noviembre de 1969 a junio de 1973. (En la fotografía, en compañía del cantante Julio Iglesias).

CUANDO el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, don Torcuato Fernández Miranda, les dijo a los periodistas aquello famoso de que «estoy en condiciones de ofrecerle al Rey lo que me ha pedido», el pedido a que se refería este proveedor de la Real Casa premiado más tarde con un título ducal no era otra cosa que un joven político de cuarenta y tres años, un desconocido en la práctica, aunque ministro del gabinete de Arias, cuyo nombre pocos preveían encontrar en un «albarán de entrega» de tan altos vuelos.



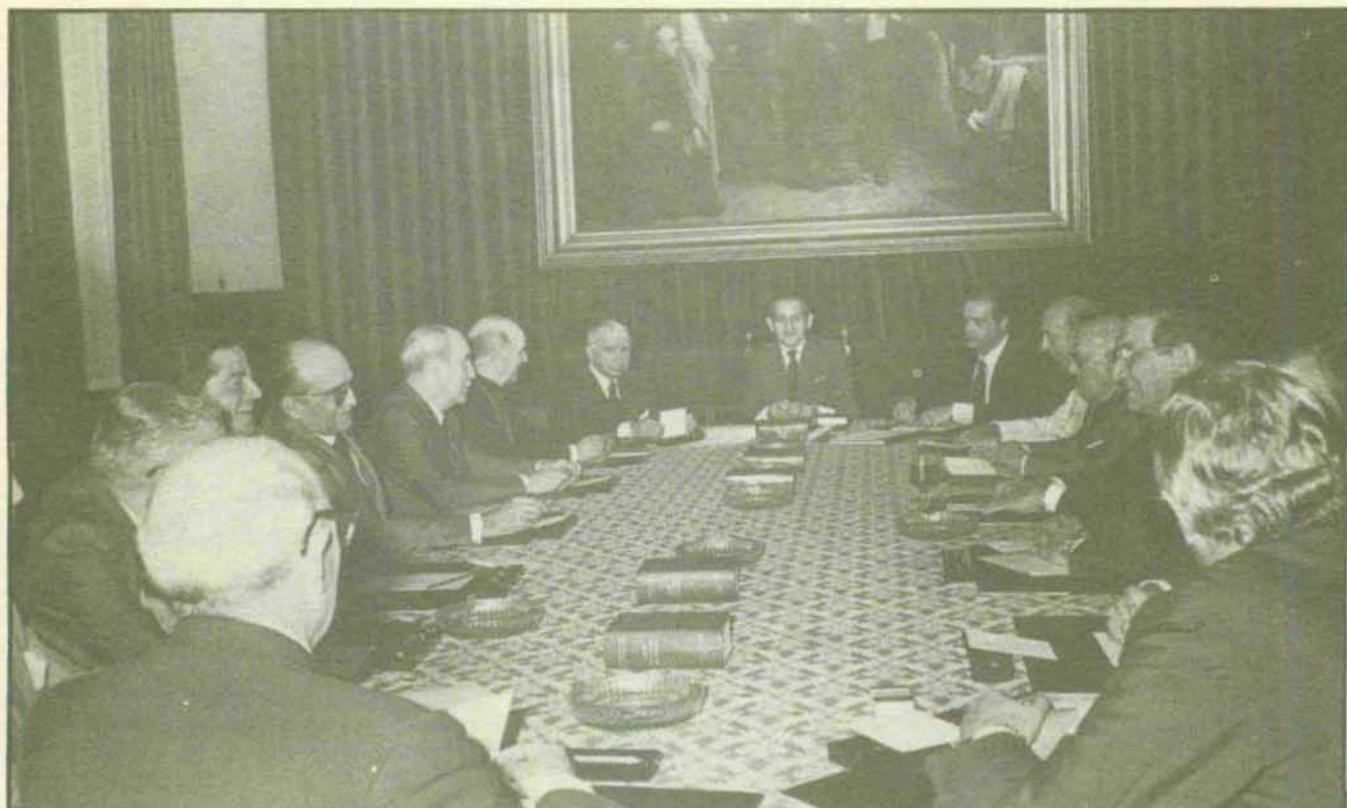
Adolfo Suárez, como Ministro Secretario General del Movimiento, forma parte del primer Gobierno de la Monarquía, presidido por Carlos Arias. (Diciembre de 1975). En la fotografía, durante un Consejo de Ministros, el segundo de la izquierda, al fondo Arias presidiendo.

DICEN que don Torcuato tenía desde hacía tiempo en la cabeza el retrato-robot del personaje que había de conducir la transición y, habiéndose topado con Adolfo Suárez en el mismo despacho que él había ocupado en la Casa de las Flechas, no dudó de que fuese el Verbo hecho carne. Pero, aparte de don Torcuato, que desempeña en esta historia el papel de una divinidad omnisciente, porque el Hijo del Hombre existió en su numen antes que en la realidad misma, nadie o casi nadie acertó a calibrar el alcance de esta operación política.

La hemeroteca muestra bien a las claras el generalizado desengaño que el nombramiento de Adolfo Suárez produjo en la clase política. El «¡Qué error, qué inmenso error!» de Ricardo de la Cierva no fue sino el más lapidario y desafortunado veredicto de un universal jui-



«Dicen que don Torcuato tenía desde hacía tiempo en la cabeza el retrato-robot del personaje que había de conducir la transición». En la foto, Fernández Miranda, posteriormente duque de Fernández-Miranda, Grande de España y Caballero del Toisón de Oro.



Presidido por Torcuato Fernández Miranda se reúne a las cinco de la tarde del 2 de julio de 1976 el Consejo del Reino, para elaborar la terna que será presentada al Rey para que nombre nuevo Presidente del Gobierno. Al acabar el Consejo, Don Torcuato diría a los periodistas sus famosas palabras: «Estoy en condiciones de ofrecer al rey lo que me ha pedido», es decir, Suárez...



El 8 de julio de 1976, S. M. el Rey acompañado del Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, y del nuevo Gabinete se retratan en el palacio de la Zarzuela, tras la tradicional jura de los miembros del Gobierno.

cio. Un semanario progresista tituló, por ejemplo «El Apagón», sobre una portada de fondo negro en que apa-

recía, en ventana, una pequeña fotografía de Adolfo Suárez con camisa azul. «Se llama Adolfo, ¿no es maravi-

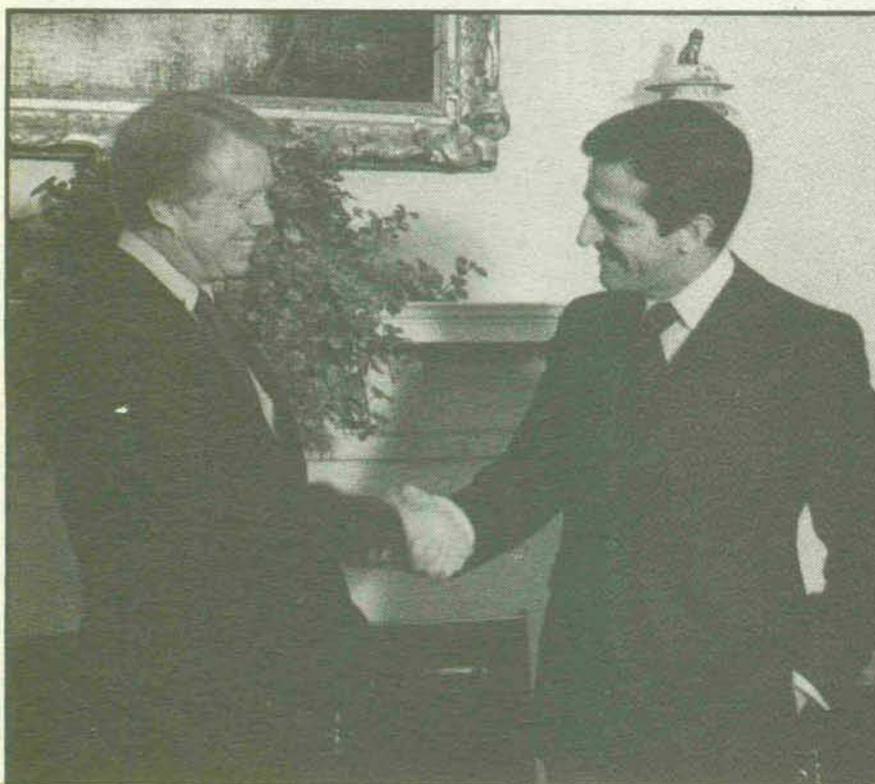
lloso?», le decía un ultra a otro, comentando la jugada, en un célebre chiste. Y el despiste de los políticos llegó



Adolfo Suárez, flamante Presidente del Gobierno, durante una recepción oficial en el Palacio de Oriente, a su derecha el cardenal-arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal española, Vicente Enrique y Tarancón; a la izquierda de Suárez, el Secretario General del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo.



Suárez en olor de multitud, durante un viaje del Presidente del Gobierno a la isla de La Palma (abril de 1978).



El Presidente de los Estados Unidos, Carter, saludando al Presidente del Gobierno español, Suárez, durante la visita que éste le rindió en la Casa Blanca, en abril de 1977.

al extremo de que, en algún palacete, se quedó sin servir el cóctel con que debía celebrarse la designación de su propietario para el cargo.

Hoy podemos decir que el riguroso recibimiento que se hizo a Suárez sirvió para espolearle en la carrera de la reforma y a él le fue útil también porque, caballo sin apuestas, resultó más sensacional su galopada. Pero, en aquellos días, todo el mundo se preguntaba quién y cómo era aquel hombre que nos había tocado en suerte. Cuatro años después, viendo los claroscuros de su carácter, los altibajos de su forma de hacer las cosas, aún tenemos derecho a hacernos la misma pregunta.

El retrato de Adolfo Suárez debiera prescindir de hacer

valoraciones de su gestión política, dejando a hermeneutas y analistas, a editorialistas y arreglamundos el cuidado de dilucidar si hizo tal cosa bien o mal o qué otra cosa podía o debía haber hecho desde los primeros tiempos, más bien brillantes, de la reforma, hasta esta especie de calvario en que se ha convertido la política española.

La primera vez que tuvimos los españoles barruntos de su existencia fue con ocasión de su famoso discurso en el Pleno de las Cortes del día 8 de junio de 1976, un mes antes, aproximadamente, de su designación para la presidencia. Los especialistas, claro, ya le conocía como hombre que habiendo comenzado su carrera en la Avila nativa bajo la protección de Herrero Tejedor, había llegado a ser gobernador civil, director de Televisión, Secretario General del Movimiento y finalmente Ministro. Hombre discreto, oscuro que perseguía más su



RAMON RODRIGUEZ

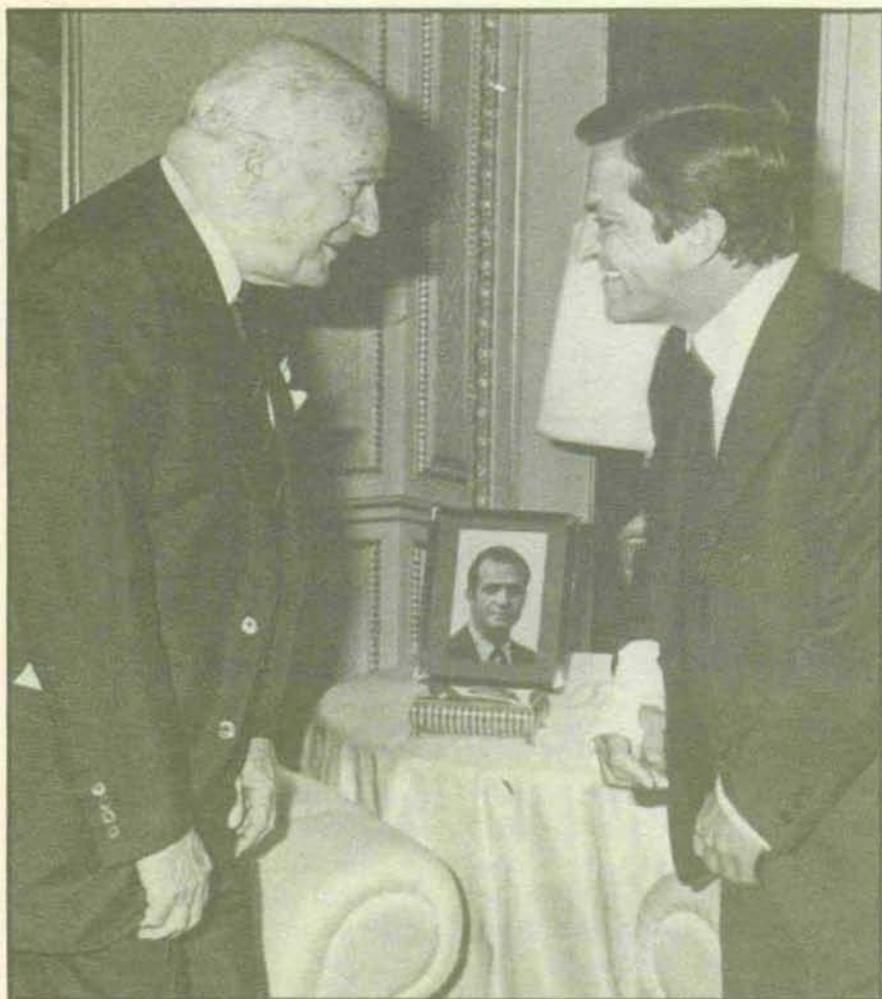
Un momento de distensión durante las tareas parlamentarias. Adolfo Suárez en compañía del recientemente fallecido Joaquín Garrigues Walker (a la izquierda de la foto), y en actitud familiar con Ignacio Camuñas

ambición última de poder que la brillantez del momento, se decía de él que había logrado situarse en una sabia y poco comprometida equidistancia entre la Falange y el Opus y que dominaba a la perfección la estrategia de los pasillos. La verdad, sin embargo, era

que hubiese hecho falta ser el Bautista para darse cuenta de que aquel hombre vestido de azul brillante que leía aplicadamente el discurso en que se recomendaba «elevantar a la categoría de normal lo que en la calle es simplemente normal» y que terminaba citando a Ma-



El presidente Suárez durante la reunión que mantuvo, en diciembre de 1977, con los parlamentarios vascos del Congreso, a fin de estudiar el proyecto de preautonomía para el País Vasco.



Un momento de la entrevista mantenida entre Adolfo Suárez (con el brazo escayolado a consecuencia de un accidente jugando al tenis), y el Presidente de la Generalidad de Cataluña, Josep Tarradellas, en julio de 1979. Entre ambos, la imagen del Rey.

chado sin mencionarle —muestra inequívoca del prodigioso cambio de los tiempos— fuese verdaderamente el Mesías que había de venir sin tardanza para salvarnos.

No faltaron, con todo, ya entonces, quienes en su impecable compostura, en su voz aterciopelada, supieron ver algunas de las virtudes que más tarde serían alistadas al servicio de la reforma y ante todo, su «capacidad de seducción». Apenas es necesario decir la importancia que el «encanto personal» tiene en la vida española. Valor meridional, el hombre «encantador» —la mujer es «encantadora» automáticamente— tiene mucho de ganado en cualquier actividad a que se dedique.

La política no es una excepción y en la democracia hemos asistido al surgimiento de un clima general de «encantamiento», si así puede decirse, en las relaciones políticas.

La tendencia se inició ya en el régimen anterior, a medida que las adustas caras de las «jerarquías» del paleofranquismo fueron dejando paso a las sonrisas de los políticos que, no siendo aún imprescindible hacerse demócrata para ponerse al día, comenzaron a mostrarse «encantadores». A esta legión «charmante» pertenece Adolfo Suárez en sus orígenes y si es de justicia agradecerle una capacidad de adaptación que no supieron tener otros contemporáneos suyos, el hecho de que

la democracia haya tenido que llegarnos en tan gran medida por la vía del encanto da una idea de nuestras miserias.

Esta capacidad de seducción de que está tan pregonadamente adornado ha tenido su influencia en el día a día de la reforma. Cuantos políticos entraron en su despacho, salieron haciéndose lenguas de la cordialidad y llaneza con que les recibió y si resultaron engañados o defraudados en las promesas que les había hecho, bastó una segunda visita para tranquilizarles y hacerles volver «encantados» a sus regiones o nacionalidades. Parece que su secreto consiste en saber en cada momento con quién trata y cómo su interlocutor desea ser tratado.

Si lo que necesitaban los miembros del Consejo General Vasco que pasaron la noche, de claro en claro, en el Palacio de la Moncloa para firmar el Estatuto era, más que huecas palabras, una ducha y camisas limpias no les faltó ni una ni otra cosa, y el armario del Presidente se abrió para ellos. A un político catalán algo vanidoso, que gusta de alardear en Barcelona de conocer las interioridades del poder madrileño, cuentan que le dijo el Presidente mientras le confiaba la escasez de personas preparadas para constituir sus gabinetes: «Tienes que darme nombres». Con lo que el presunto «asesor» hizo, de regreso a casa, el más pletórico y satisfecho vuelo que se recuerda en el Puente Aéreo.

Su forma de saludar es característica. Adelanta ligeramente el antebrazo, que aparece como un escudo de hoplita marcando distancias, mientras su mano

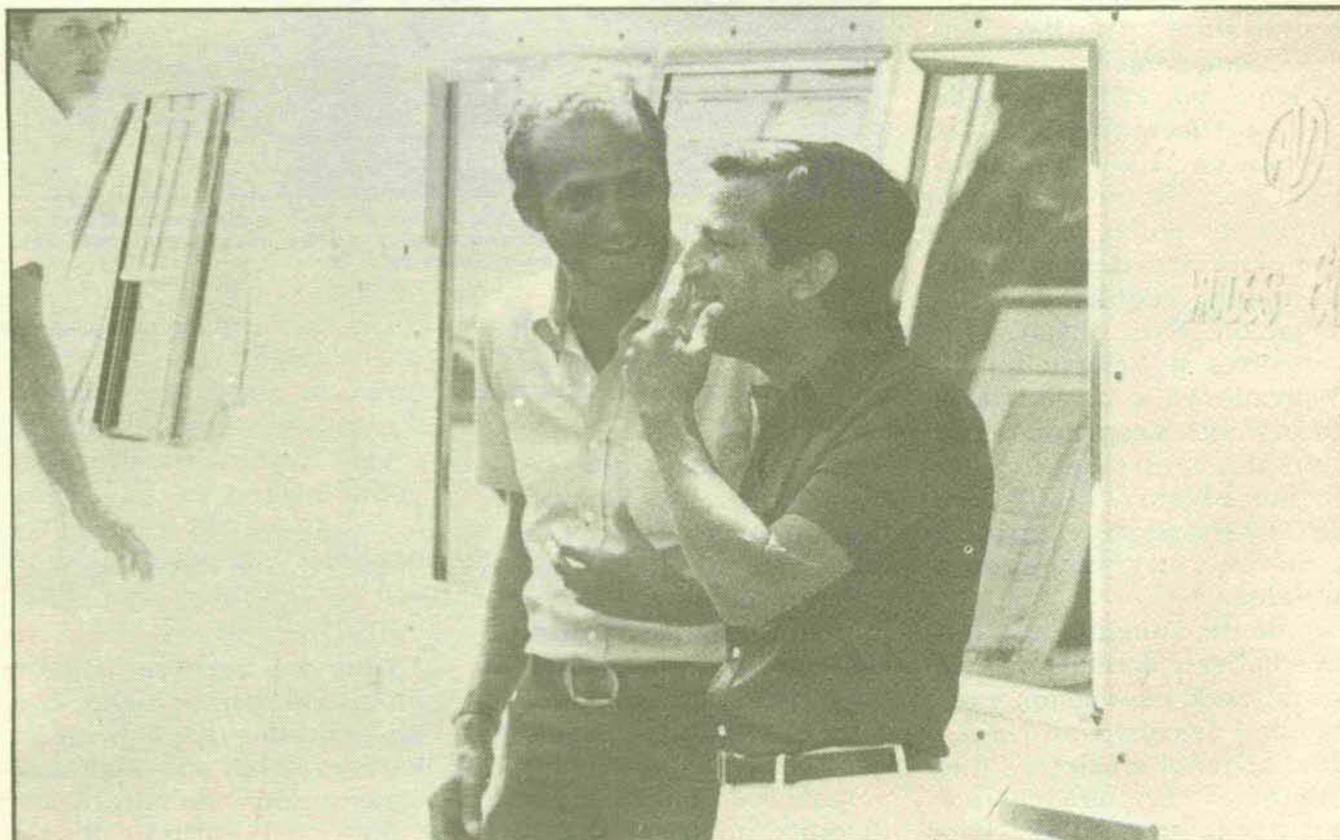
izquierda se apodera del codo derecho del saludado cuyo antebrazo se ve sacudido en afectuoso vaivén, inextricable llave que se queda con uno. En sus apariciones públicas da una excelente imagen y en la pequeña pantalla no tiene más rival que Felipe González. Pero mientras el líder socialista ofrece con sus ojos ligeramente rasgados y su «boca-clavel» la imagen de un amante, Suárez cultiva la del «marido ideal». Y no es difícil prever a cuál de los dos favorece el recuento en un país cambiante aunque todavía apegado a la familia.

Pero esa capacidad de seducción es muy del sur y no parece tener grandes aplicaciones septentrionales. Suárez se mueve muy bien entre gobernantes de cara soleada y en vías de desarrollo. Más allá de los Pirineos, la cosa cambia. Recuérdese por ejemplo la fría con-

RAMON RODRIGUEZ



El Presidente del Gobierno durante una convención de su partido, UCD, en la que le fue ratificada la confianza de sus seguidores. (1978).



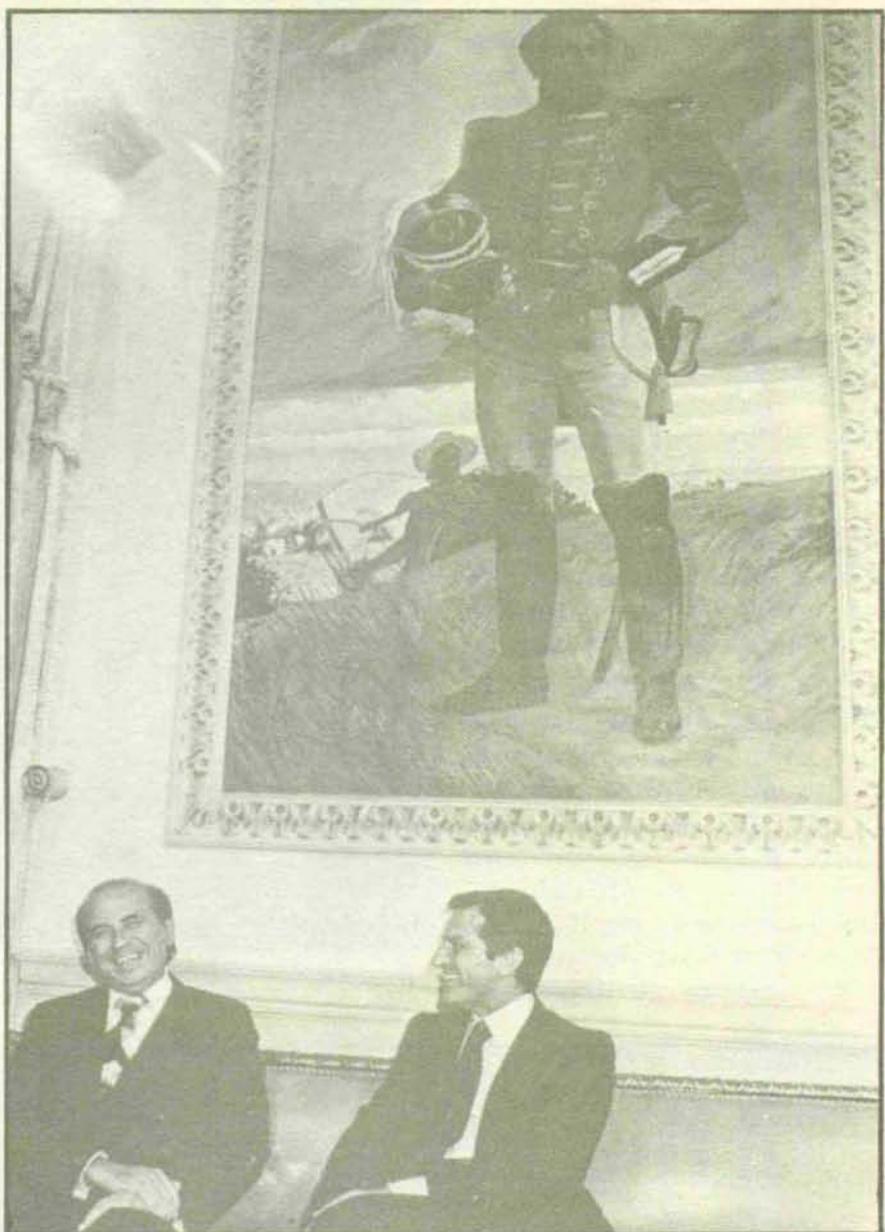
S. M. el Rey celebra una «salida» de su Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, durante una travesía en el yate real, por aguas del Mediterráneo, en el verano de 1977.

descendencia con que le recibió Giscard y compárese con la calurosa bienvenida con que le acogió el rey Jaled de Arabia el cual, según dicen, comentó ante uno de sus asesores que luego lo contaría al embajador español: «Quel homme, quelle image!».

No sé si el rey saudita estaba tratando de dorarnos a los españoles la pildora de una dura negociación en el bazar del petróleo, pero lo cierto es que existen motivos para creer que los encantos de Adolfo Suárez tienen algo de morisco y que hay en él cierta califal nostalgia corcobesa que ha dado pie a un cronista parlamentario, Víctor Márquez, a denominar el período de gobierno de Suárez con el nombre de «el adolfato».

Geopolíticamente hablando esto tiene también su influencia y se manifiesta en una pasión por la política a escala planetaria con especialísima predilección, desde que comenzó la crisis reciente, por el Estrecho de Ormuz. Dicen que todas las noches, enciende la lamparita que ilumina un voluminoso globo terráqueo que tiene en el despacho y le va dando vueltas con delectación. Esta pasión universalista, por cierto, ha comenzado ya a perjudicarlo en su política española y por ejemplo, entretenido con Ormuz, olvidó el desfiladero de Despeñaperros y sufrió un serio revés en el referéndum andaluz.

Occidente, sin embargo, parece haberse dado cuenta de las dotes de persuasión y capacidad de convocatoria del líder español en tierras meridionales. En una célebre operación triangular, Giscard, Schmidt y Carter, «senado romano» de Occidente,



El Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, acogió calurosamente al Jefe del Gobierno español, Adolfo Suárez, durante la visita de este último al país sudamericano, en septiembre de 1978.

llegaron a designar a Suárez como una especie de Escipión el Africano para la paz del mundo.

Ambicioso hasta límites extremos, Adolfo Suárez ha llegado a decir que «daría dinero por el poder» y no hay indicios de que esto fuera una simple frase. Algún periodista le ha acusado de querer suplantar el papel del Jefe del Estado, alegando que él tiene tendencia a permanecer en esa actitud distante mientras deja que sus validos se queman como primeros ministros. La in-

terpretación parece abusiva y es evidente que no hacía otra cosa que bromear cuando, durante una comida, le dijo al Rey que su autoridad podía llegar a ser mayor que la del monarca porque él tenía abierta la posibilidad de ser presidente del Parlamento Europeo.

Lo que sí es cierto es que sabe magistralmente jugar con las pantallas que le brindan los cuerpos de sus segundos, «encantados» de pararle los golpes. Su natural discreción, y no sólo su cálculo, le lleva a encerrarse en las altas

torres monclovitas hasta hacer preguntarse a los periodistas si realmente existe. Y cuando le reprochan su encierro, siempre tiene la salida de que acusen a los famosos «fontaneros» de haberle secuestrado.

Recluido más allá de la Sublime Puerta, se dedica probablemente a trabajar duramente día y noche, sin tener tiempo para sus recreos ni para ver a los niños. Pero a veces se tiene la impresión de que su principal trabajo consiste en esperar que las cosas se pongan peor de lo que están y su propia situación sea más crítica, porque es entonces cuando más

RAMON RODRIGUEZ



«Lo que si es cierto es que (Suárez) sabe magistralmente jugar con las pantallas que le brindan los cuerpos de sus segundos, "encantados" de pararle los golpes». (En la fotografía, Adolfo Suárez en compañía de Francisco Fernández Ordóñez, detrás del Presidente, Jiménez Blanco y Antonio Fontán).



El Presidente del Gobierno durante la cordial entrevista que mantuvo en el Palacio de la Moncloa, con el líder de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, en septiembre de 1979.

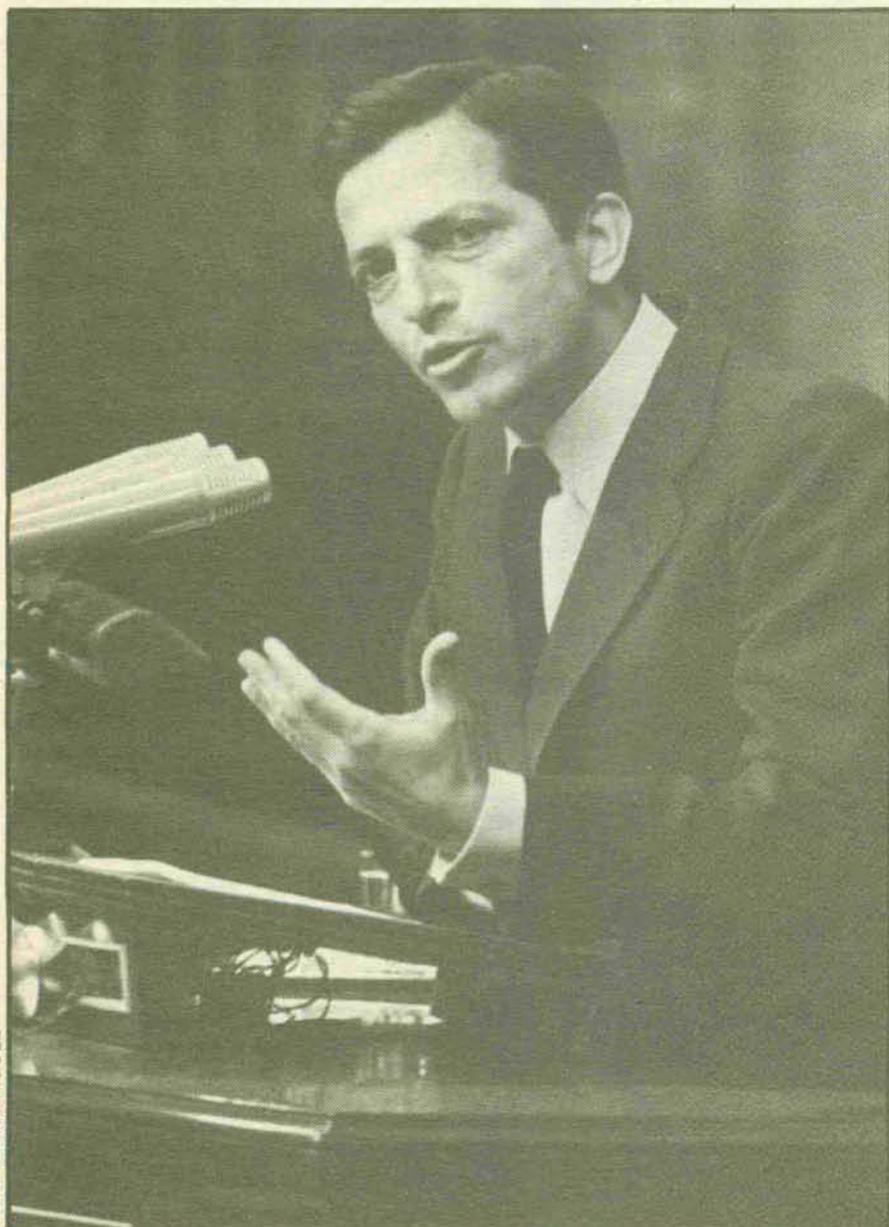
brilla su talento. Si fuera un boxeador procuraría arrinconarse contra las cuerdas, dando al otro la impresión de estar acabado, seguro de su capacidad de salir brillantemente del trance. En sus contiendas electorales, en sus negociaciones estatutarias y de otro tipo, en sus batallas con los barones, ha dado siempre muestras de esta capacidad de renacer de sus propias cenizas. La última crisis lo ha demostrado abundantemente. Cuando el partido del Gobierno parecía desmembrarse y cuando Felipe González, como él mismo dijo con ocasión de la moción de censura, creía que «cincuenta patriotas» podían pasarse a su bando, Suárez supo convencer a los barones de que su «última oportunidad» era también la última que les quedaba a ellos. Acompañado, como Sansón ciego y derrotado por su nueva esposa y lazariño, Dalila Martín Villa, que había sustituido al desgastado Abril, Adolfo Suárez hizo intención de gritar aquello de «¡Muera Sansón

con todos los filisteos!» y ello bastó para que todas las «familias» acudieran como un solo hombre en su socorro.

El cansino lector de discursos que fue Suárez en la pre-democracia, ha sido incluso capaz de aprender a hablar en el Parlamento. «¡Habla!», se comentaba en las tribunas de prensa el día en que, echando a un lado los papeles que traía, se puso a contarnos su célebre metáfora de las tuberías y las cañerías, como si asistiéramos a los



Suárez, entre Fidel Castro y su hermano Raúl, durante la escala que el Presidente del Gobierno español hizo en La Habana, en septiembre de 1978.



RAMON RODRIGUEZ

«En sus contiendas electorales, en sus negociaciones estatutarias y de otro tipo, en sus batallas con los barones, ha dado siempre muestras de esta capacidad de renacer de sus propias cenizas». (Suárez en un momento de una de sus raras intervenciones en el Congreso, en junio de 1980).

primeros balbuceos de un niño. «Como los doctores de la ley, decía un cronista, quedamos pasmados de la sabiduría que el Niño mostró en el Templo».

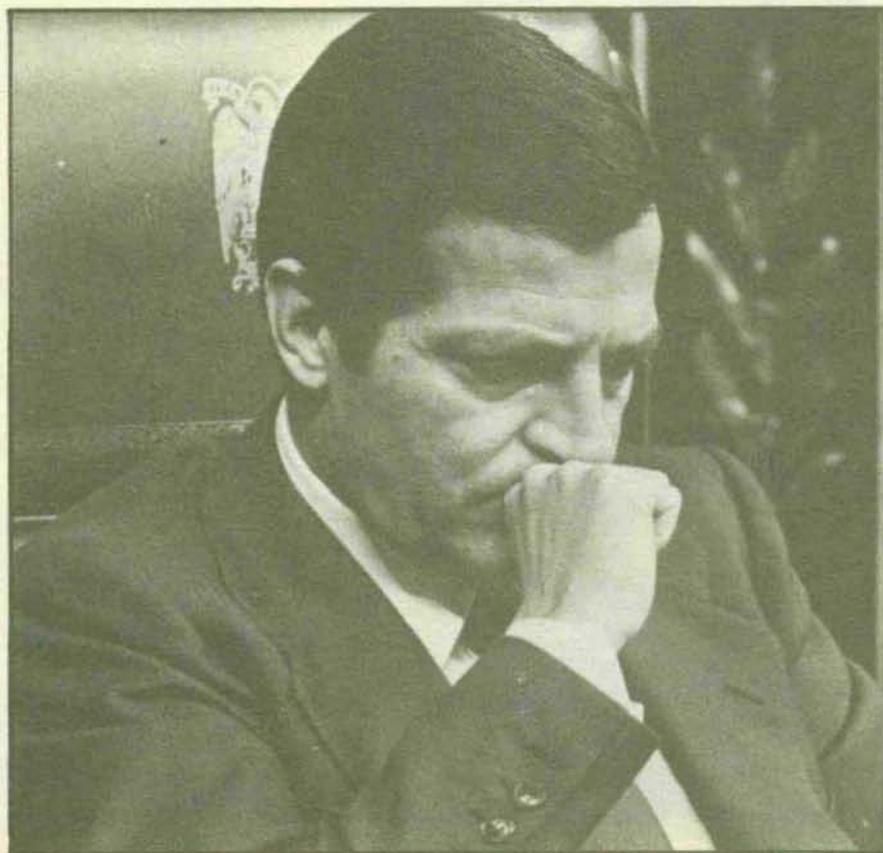
Modesto en sus orígenes, perteneciente a una familia que por parte de padre había hecho una carrera jurídica no mucho más que mediocre y por parte de madre poseía aún en Cebreros el viejo caserón donde había estado instalada la pequeña fábrica de «Anís González», Adolfo Suárez llegó a la mayoría de edad insuficientemente preparado y con plena conciencia de ello. Se asegura que, en época aún reciente, sus colaboradores tuvieron que prepararle un «epítome» o «Catón» con los principales conceptos que necesitaba para desenvolverse.

Aunque alguno de sus biógrafos pretendiera presentárnoslo como un personaje logrero y «trepador», capaz de todo con tal de alcanzar sus objetivos, lo cierto es que no pudieron señalarse en su vida episodios inconfesables y el relato de las cosas que hizo en su carrera tiene más bien el efecto de despertar simpatías entre los millones



RAMON RODRIGUEZ

«Acompañado, como Sansón ciego y derrotado por su nueva esposa y lazarillo, Dalila Martín Villa, que había sustituido al desgastado Abril, Adolfo Suárez hizo intención de gritar aquello de "¡Muera Sansón con todos los filisteos!" y ello bastó para que todas las "familias" acudieran como un solo hombre en su socorro». (En la fotografía, en el banco azul, durante un debate parlamentario, acompañado de los Ministros de su Gabinete, Rodolfo Martín Villa y Manuel Gutiérrez Mellado).



«Su actitud de "he venido a quedarme" está reñida con el contenido mismo de la democracia, y es al mismo tiempo expresiva del carácter de la democracia española, de la forma y reforma en que se han producido aquí las cosas. (Adolfo Suárez, en actitud pensativa, durante una sesión del Congreso).

de españoles que tuvieron que pasar trabajos para salir adelante. La crítica que se puede hacer hoy a Suárez no radica tanto en sus orígenes, más bien enaltecidos, o en sus procedimientos, como en cierta propensión que el personaje muestra a una «instalación definitiva» en la política española. Su actitud de «he venido a quedarme» está reñida con el contenido mismo de la democracia, y es al mismo tiempo expresiva del carácter de la democracia española, de la forma y reforma en que se han producido aquí las cosas.

Al comenzar el quinto año de su mandato, los españoles tienen motivos para temer que cuando Suárez dijo que la UCD, o sea, él, duraría 107 años, estuviera hablando completamente en serio. ■

L. C.